

Cómo citar en APA: Palacio-Montoya, P. A. (2025). «Hasta que Cristo sea formado en ustedes». (Gal 4,19).
Revista Seminario Mayor de Medellín, 3(40), 3 -5.

«HASTA QUE CRISTO SEA FORMADO EN USTEDES». (Gal 4,19)¹

«UNTIL CHRIST IS FORMED IN YOU». (Gal 4,19)

PBRO. PABLO ANDRÉS PALACIO-MONTOYA²



Hace casi 60 años, pocos días antes de clausurar el Concilio Vaticano II, fue aprobado uno de sus más importantes documentos: la constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum*; la brevedad de este escrito contrasta no solo con su profundidad, sino ante todo con su complejo proceso de elaboración, en poco más de tres años y cinco esquemas³.

Tres ideas destacan entre sus numerosos aportes, pues ayudaron a reinterpretar conceptos que hasta entonces se tenían como paradigmas:

1. Entender la revelación, no como un hablar de Dios con autoridad para que el ser humano aprenda ideas, sino como un encuentro personal mediado por obras y palabras, en el que se subraya la dimensión dialogal en amistad (n. 2).

1 Escrito que presenta la edición 40 de la *Revista Seminario Mayor de Medellín*.

2 Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín. Rector del Seminario Conciliar de Medellín. Correo electrónico: pablo.palaciom@upb.edu.co

3 Remito al artículo de quien fuera en el Seminario nuestro profesor de Antiguo Testamento, el recordado Padre Humberto Jiménez: DEI VERBUM Historia de su redacción. (2005). *Cuestiones Teológicas*, 32(78), 209-224. El 26 de marzo de 2025, la Pontificia Universidad Javeriana invitó al Padre Jean-Louis Ska a una intervención remota, titulada “Dei Verbum, un combate, vencedores y vencidos”; las memorias de dicha conferencia se pueden encontrar en este sitio web: [https://revistas.javeriana.edu.co/files-articulos/TX/75%20\(2025\)/DocJLS.pdf](https://revistas.javeriana.edu.co/files-articulos/TX/75%20(2025)/DocJLS.pdf)



2. Resaltar la estrecha relación entre Sagrada Escritura y Tradición, comprendidas ya no como fuentes de la revelación, sino al servicio de esta (n. 9).
3. Recordar que Cristo es la plenitud de la revelación: Él es la Palabra de Dios por excelencia, el culmen de la auto donación divina; su vida entera, animada por el Espíritu Santo, es un llamado a la comunión con el Padre (n. 4)⁴.

Francisco Conesa (2013) evidencia el alcance del numeral 4, donde se explica que la revelación obrada por el Hijo es definitiva y perfecta: el encuentro entre Dios y el hombre se ha obrado en Él de manera inimaginable, de modo que quien ve a Jesús ve al Padre (Jn 14,9); en efecto, su relación de intimidad con el Padre le permite contar la intimidad de Dios. Hay que tener presente, sin embargo, que «siendo cristocéntrica, la constitución *Dei Verbum* no es cristomonista: Cristo no habla por su propia cuenta; su función es la de revelador del Padre» (p. 377).

Comprendemos así el esfuerzo de los Padres Conciliares hace 1700 años en Nicea, que «tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre» (*Spes non confundit*, 2024, n. 17); en este orden de ideas, aquel magno acontecimiento eclesial condujo a una sólida reflexión sobre la relación del Padre con su Hijo, hecho que sustenta la naturaleza misma de la revelación según lo ha recordado *Dei Verbum* (capítulo I) y nos lo ha explicado recientemente la Comisión Teológica Internacional:

Una de las aportaciones centrales de Nicea es la definición de la divinidad del Hijo en los términos de consustancialidad: el Hijo es “consustancial” (*homooúsios*) al Padre, “engendrado por el Padre”, es decir, de la sustancia del Padre. La generación del Hijo es algo distinto de la creación, porque es comunicación de la sustancia única del Padre. El Hijo no sólo es plenamente Dios como el Padre, sino de una sustancia numéricamente idéntica a la suya, porque no hay división en el único Dios. Repetimos: el Padre lo da todo al Hijo, según la lógica de una vida divina, que es *agapē* y que siempre excede lo que la mente humana puede concebir (n. 15).

No deja de sorprender que esta celebración coincida con el Jubileo de la Esperanza: Jesucristo, plenitud de la revelación, Dios verdadero, es nuestra esperanza (1 Tm 1,1); gracias a Él nos alegramos en la esperanza de la gloria de Dios (Rm 5,2) hacia la cual caminamos con la ayuda del Espíritu (Rm 8,26).

4 Es interesante observar cómo el papa Benedicto XVI, quien fuera experto teólogo en el Vaticano II, profundizó este último concepto en la exhortación post sinodal *Verbum Domini* (2010), concretamente en los numerales 7 y 11, titulados respectivamente: “Analogía de la Palabra de Dios” y “Cristología de la Palabra”.

A 1700 años de Nicea y 60 del Vaticano II, constatamos que los retos y desafíos son patentes: «encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad» (*Spes non confundit*, 2024, n. 1). Los creyentes, decididos a seguir más de cerca a Nuestro Señor Jesucristo, estamos llamados a ser testigos de esperanza en este contexto particular, haciendo visible y tangible el Reino de Dios entre los hombres.

En el Seminario Conciliar de Medellín no somos ajenos a estas realidades y, con los ojos fijos en Jesús (*Hb* 12,2), a quien confesamos como nuestro Señor y nuestro Dios (*Jn* 20,28), ratificamos cada día nuestra respuesta generosa a su llamado; de esta forma, el cristocentrismo, que ha ocupado varias líneas de esta editorial, se hace vida en la formación inicial de los futuros sacerdotes. Valoramos desde nuestra casa de formación el Concilio Vaticano II y lo asumimos –siguiendo las enseñanzas de san Juan Pablo II al concluir el Jubileo del año 2000– como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX y la brújula segura para orientarnos en el camino de los años venideros⁵. No olvidamos, además, que justo en la sede de nuestro Seminario tuvo lugar la segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano, donde resonó de manera especial el mensaje conciliar.

Así pues, la cuadragésima edición de la Revista del Seminario se inscribe en el marco de esta triple celebración: los 1700 años del Concilio de Nicea, los 60 años del Concilio Vaticano II, y el Jubileo de la Esperanza. Cada uno de los articulistas nos llevará, según su estilo, a comprender mejor el significado de estos acontecimientos en el hoy eclesial; acerquémonos, pues, a estas reflexiones, conscientes del llamado que el Padre nos hace por medio de tantas personas que «sufren dolores de parto hasta que Cristo sea formado en nosotros (*Gal* 4,19)».

Referencias

- Conesa, F. (2013). La naturaleza de la revelación según el Concilio Vaticano II. *Scripta Theologica*, 45(2), 365-393.
- Comisión Teológica Internacional. (2024). *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador: 1700 años del Concilio Ecuménico de Nicea*. Obtenido de https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_doc_20250403_1700-nicea_sp.html
- Francisco. (2024). *Spes non confundit*. Obtenido de https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/20240509_spes-non-confundit_bolla-giubileo2025.html

5 Carta Apostólica *Nuovo Millennio Ineunte* (2001), n. 57. No es gratuito, además, que el Decreto del Concilio sobre la formación sacerdotal (*Optatam Totius*) recuerde en el proemio que la anhelada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes, animado por el Espíritu de Cristo, proclamando por ello la grandísima importancia de la formación sacerdotal.